

CARTAS SOBRE LA MESA

TOTALITARISMOS

Señor director:
Me llamó poderosamente la atención una frase de George Orwell que usted cita en su presentación a “Los impedimentos de la literatura”: “Los partidarios del totalitarismo que viven en la comodidad del liberalismo.” Fue visionario. Es la mejor definición de lo que es el totalitarismo que vivimos hoy en Venezuela. —

BERNARDA ESCALANTE G.

GURROLA Y EL SONIDO

Querido Enrique:
En el número 92 de *Letras Libres*, hay una buena nota escrita por María Minera sobre el disco que tiene como protagonista al talentoso autor interdisciplinario Juan José Gurrola. A los datos de esa nota, cabe agregar que Gurrola también fue o sigue siendo pintor, y nada malo por cierto.

Al final del texto y a propósito de las diferencias entre música y sonido —cuestión, entre otras, medular de las vanguardias—, Minera escribe: “acción sonora”, colocando entre comillas la palabra acción. Esto habla de la aparente o no detención del sonido, en la que, es cierto, Fluxus y John Cage fueron decisivos (por ahí también andaba, cuándo no, Duchamp). El no decurso temporal del sonido y su deliberada repetición, se enlaza con la puesta en absoluto presente de las experiencias vanguardistas frente a las cuales, en el arte y en la realidad, emergía un abismo de incertidumbre. —

LELIA DRIBEN

ALREDEDOR DE SHERIDAN

Sr. Guillermo Sheridan:
Impresionante. Ojalá leyeran su artículo “La sombra del caosillo” (LL 92) en una de las Asambleas Informativas del Zócalo. No uso sombrero, pero

si lo usara, me lo quitaría ante usted. Gracias por contribuir a la libertad de expresión, un valor que parece que estamos olvidando. —

FRANCISCO MANUEL
JUÁREZ GUERRA

Sr. Director:
A mí me parece que el artículo “La sombra del Caosillo” del Sr. Sheridan se inscribe más bien en el género de “cuadro de costumbres”. —

JOSÉ RAMÍREZ-MOYAO

¿LIBERALISMO DOGMÁTICO?

Señor director:
He leído con atención el número 91 de *Letras Libres*, dedicado a la “Conciencia de la libertad”. Más allá de las buenas intenciones expresadas en él, pregunto: ¿no sería provechoso que desde las filas liberales se ejerciera, con el mismo rigor con el que se juzgan las derivas autoritarias y totalitarias de la izquierda y la derecha, una autocrítica menos piadosa?

Me temo que, entre tantos elogios de la duda y alegatos contra el dogmatismo, se filtran diversas certezas doctrinarias. La más peligrosa es, a mi juicio,

aquella que conduce a hacer un fetiche de la democracia y de la libertad, que, a veces lo olvidamos, no son nociones absolutas. Se habilita así la aparición de discursos intolerantes que, en su extremo, censuran todo aquello que no cumple con la pretendida nobleza de las exigencias democráticas liberales, a través de la invocación de términos —populista o fundamentalista— que se deslizan con una facilidad indigna de la complejidad de los fenómenos.

Pongo sobre la mesa algunas cuestiones. ¿No es evidente que, utilizado con fines muy concretos, el ideario liberal también puede conducir al fundamentalismo? (En un libro reciente, Juan Luis Cebrián ha hablado de *fundamentalismo democrático*.) ¿No convendría, en honor a la duda, reconocer que diversos males de nuestro tiempo son producto de lo que llamaré aquí, no sin ironía, *liberalismo realmente existente*? Sabemos, y ahí está la historia para ilustrarnos, que la lucha por las causas justas puede convertirse en una modalidad de lo atroz. A nadie conviene, entonces, permitir que la defensa de la libertad del individuo se transforme en la coartada de aquellos que, en el fondo, sólo defienden la libertad irrestricta de hacer negocios. A cualquier precio. —

NICOLÁS CABRAL



Foto: Mondiphotos / Carlos Aranda y Alfredo Pelaez